

El “fervor cívico” de los salvadoreños

Año con año, los preparativos para conmemorar el día de la independencia se convierten en un caldo de cultivo para las ideas más disparatadas acerca de la nación, la nacionalidad y la salvadoreñidad. Como no podía ser para menos, el mes cívico tiene una muy buena acogida en las instituciones públicas, donde las banderas azul y blanco ondean desde inicios de septiembre en los lugares más visibles de los edificios. No falta, además, la salida de los empleados públicos a la calle —a las tres de la tarde del día 15—, para entonar las notas del himno nacional. En las escuelas y colegios no sólo se programan diversos actos cívicos en los que participan los estudiantes de todos los niveles, sino que se organizan bandas (musicales) que, con un estilo marcial rayano en lo absurdo, tocan marchas, desfilan y compiten entre sí para establecer la supremacía del colegio o escuela que las patrocina. La Fuerza Armada se suma, como la que más, a las fiestas patrias: aviones de la Fuerza Aérea que hacen las mil y una piruetas, soldados que desfilan elegantemente uniformados, despliegue de lo mejor del armamento militar. Y, como culminación de todo ello, no falta el discurso del presidente de turno, quien, haciendo alarde de una retórica barata, exalta el compromiso de su gobierno con la patria y sus valores más queridos. Por su parte, los medios de comunicación fomentan el “amor patrio” sin descanso, tocando temas alusivos a la independencia, a la vida de los próceres, o al significado de la oración a la bandera o el escudo nacional.

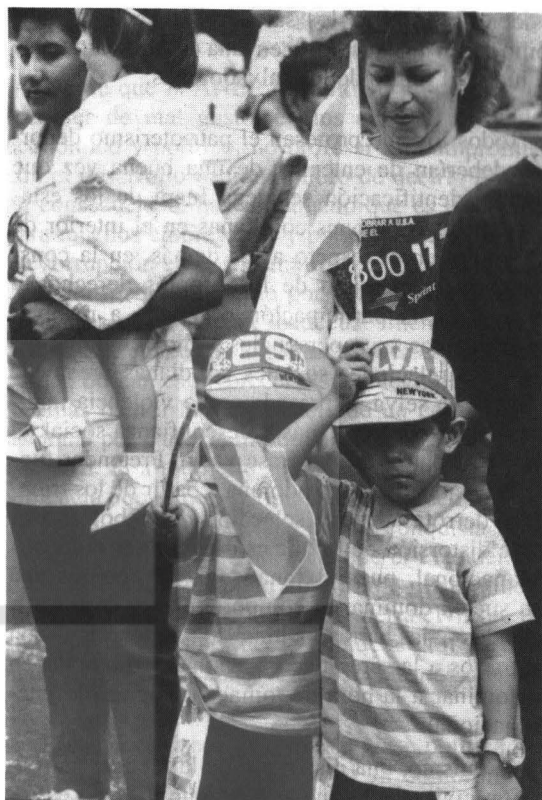
Esto se repite una y otra vez casi por inercia: es de rigor que los ministros o presidentes de instituciones públicas coloquen banderas en sus edificios o que sugieran a su personal salir a la calle a

cantar el himno nacional, como si con ello se demostrara lealtad a los superiores; es de rigor que las bandas (musicales) hagan sonar sus trompetas y tambores hasta el cansancio; que las tropas militares desfilen y que los aviones vuelen sincronizadamente; que el presidente diga algo, y que los medios de comunicación difundan un nacionalismo y un patriotismo sin fundamentos. Todo esto es la “fiesta cívica”; si alguno de esos elementos faltara, el ambiente ya no sería el mismo, la celebración perdería su colorido y emotividad. Muy probablemente así seguirá siendo la “celebración patria” en el futuro, para no desmentir aquello de que más vale conservar las tradiciones que realizar innovaciones peligrosas.

En 1997, la celebración del 15 de septiembre no tuvo nada que envidiar a las celebraciones tenidas en años anteriores. Una vez más, se repitió el ritual que cada año acompaña la celebración de la gesta independentista de 1821. Desfiles de bandas de guerra, marchas militares, maniobras sincronizadas de aviones de la Fuerza Aérea y, por supuesto, la alocución presidencial con motivo del histórico acontecimiento. Otro 15 de septiembre, pues, que en lo esencial no se diferenció de celebraciones de años anteriores, salvo por dos hechos previos al acto conmemorativo que, en cierto modo, le añadieron mayor emotividad: la visita del Presidente de Taiwan —saludado y presentado equívocamente como el Presidente de la República de China— y el triunfo de la selección de fútbol de El Salvador sobre su similar de Canadá. Por razones distintas, ambos acontecimientos sirvieron de marco propicio para incentivar el cada vez menos notorio “fervor cívico” de los salvadoreños. Y así, las instalaciones del Estadio de la Flor Blanca no

dieron abasto para el público que, masivamente, asistió a presenciar las marchas, desfiles, vuelos de aviones y demás actos preparados para la ocasión. Pocas veces se había visto tanta motivación cívica, aunque también es cierto que no es cosa de todos los días el que una selección nacional de fútbol —con la bancarota del deporte en el país y la corrupción que prevalece en las federaciones deportivas— le anote cuatro goles a una selección extranjera, sobre todo si ésta es la de Canadá. Si a ello se añadía que el lunes se continuaba la vacación iniciada el sábado, había motivos de sobra para que los salvadoreños estuvieran contentos.

Por otra parte, desde el punto de vista de quienes quieren fomentar a como de lugar el fervor patriótico, la conmemoración del 15 de septiembre fue un éxito. Si hasta hace poco había que hacer ruegos a los ciudadanos para que asistieran a los diversos actos, esta vez la gente no encontraba ni siquiera dónde ubicarse en el estadio. Así, el llamado a la participación tuvo un efecto que fue mucho más allá del esperado por los organizadores, quienes no estaban preparados para dar respuesta al inusitado desborde popular. No podían faltar las críticas a la “desorganización” que prevaleció el 15 de septiembre, las cuales apuntan a la incompetencia —algo a lo que debíamos estar acostumbrados— de los responsables de los preparativos oficiales y su realización. No cabe duda que hubo mucho de incompetencia en la planificación de la “fiesta cívica”, cosa de lo más grave en cuanto que la integridad física de muchas personas —apelotonadas en el estadio o haciendo lo imposible por entrar a sus instalaciones— se vio en peligro. Pero esto no obsta para reconocer que la misma se dio justamente porque pocos, en los círculos oficiales, esperaban una asistencia masiva a la celebración. No se percataron de que en los días previos, especialmente el domingo en el Estadio Cuscatlán, se había creado un ambiente emocionalmente favorable para que los salvadoreños expresaran un “amor” a los colores patrios pocas veces visto. Muchos salvadoreños continuaron celebrando el lunes los cuatro goles anotados a Canadá el día anterior. Además de eso, los medios de comunicación supieron vincular ambos hechos —la victoria en el fútbol y la gesta independentista—, haciendo de ambas cosas una ocasión propicia para apuntalar un patriotismo ramplón. De la noche a la mañana, muchos comentaristas deportivos se volvieron acérrimos defensores —tal como ellos los entienden— de la nación salvadoreña, su identidad



y sus valores. Para decirlo brevemente, en la “fiesta cívica” de 1997 hubo bastante de todo: participación popular, emotividad deportiva y tres días seguidos de vacación, todo ello aderazado con un triunfo deportivo que, incluso, en opinión de los entendidos, hace inexplicable como es que El Salvador no mejora su posición en la clasificación establecida por la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA).

Por supuesto, no pueden faltar los que, neciamente, esperan que, por lo menos en una ocasión, la celebración del 15 de septiembre cobre un nuevo significado. Quienes esperan eso, no pueden menos que sentirse decepcionados ante una celebración de la independencia como la tenida este año. Y es que no puede menos que ser desalentador que cientos de salvadoreños se maltraten entre sí por ver los actos cívico-militares en un estadio. Definitivamente, un espectáculo como ese no puede ser motivo de alegría para quienes en verdad quieren propiciar la participación de una ciudadanía consciente de los problemas nacionales. Mucho más desalentador es que se utilicen las motivaciones de un encuentro deportivo para cimentar

la identificación de los salvadoreños con su país, como si en un triunfo o en una derrota estuviese en juego el futuro de los salvadoreños.

Todos los que profesan el patriotismo deportivo deberían de entender de una buena vez que aquella identificación se juega fuera de los estadios, en las relaciones cotidianas en el interior de la familia, en el respeto a los demás, en la conciencia y el ejercicio de los propios derechos y deberes, en la participación orientada a resolver los problemas tanto personales como comunitarios. Si en las relaciones sociales cotidianas prevalece la ley de la selva, expresada como violencia familiar, irrespeto a los demás y desconfianza social, el amor a la patria es una frase vacía. Pretender fundar la nacionalidad salvadoreña a partir de los triunfos y derrotas de una selección de fútbol es una grave distorsión de lo que es o puede ser la identidad nacional, pues el fanatismo y le emotividad que suelen dominar el comportamiento de los aficionados —las barras, la hinchada, la torcida— son contrarios a la serenidad y racionalidad que deben predominar a la hora de tomar decisiones de interés nacional.

Asimismo, una distorsión de la idea de participación cívica es la que supone que lo ideal es fomentar a como de lugar la asistencia masiva a los actos y las festividades organizadas por el gobierno. No hay equivocación mayor que esa, pues el compromiso cívico de los ciudadanos no pasa necesariamente por asistir, gozar, golpearse y sofocarse en los incansables actos programados oficialmente. Ciertamente, hay que fomentar y alentar la participación ciudadana; pero hay que hacerlo en los barrios y colonias, en los pueblos y cantones, teniendo como mira la necesidad de que los ciudadanos hagan sentir sus presencia en aquellas decisiones tomadas por las élites políticas y económicas que incidirán en su vida actual y futura. Esta participación, y no la encaminada a abarrotar un estadio, es la que debe ser promovida en El Salvador; esta participación es la única que puede dar a los salvadoreños no sólo un sólido sentido de pertenencia, sino una oportunidad para que demuestren, en su sentido más profundo, su amor patrio.

En su discurso de rigor, el Presidente Armando Calderón Sol dijo algo que quizás sólo algunos pocos de entre los apretujados en el Estadio de la Flor Blanca pudieron suscribir: "nos hemos reunido con fervor cívico —sostuvo Calderón Sol—,

no sólo para evocar el origen de nuestra nacionalidad y rendir testimonio de imperecedera gratitud a los forjadores de nuestra patria, sino también para reflexionar sobre el presente y el futuro de El Salvador y Centroamérica". ¿En verdad todos los que escucharon esas frases del mandatario reflexionaron —¿tenían el interés? ¿estaban preparados?— ¿sobre el presente y futuro de Centroamérica? ¿Era ese el lugar más adecuado para hacerlo? ¿O sólo se trataba, una vez más, de la retórica oficial a la que le importa un comino la realidad que debería sustentar los discursos?

Pues bien, sobre la primera pregunta es obvio responder que los que estaban deshidratándose en el estadio de la "Flor Blanca" tenían urgencias más inmediatas que pensar sobre el presente y el futuro de El Salvador y Centroamérica. Más aún, aunque la sed, el calor y los empujones no hubieran sido problema, pensar sobre el destino de nuestro país y la región no es algo por tratar masivamente, puesto que ello requiere análisis y estudios sumamente complejos para los cuales el promedio de los salvadoreños —y quizás buena parte de los cuadros gubernamentales— no tiene la preparación intelectual adecuada. En otras palabras, el Presidente Calderón Sol no pudo elegir un lugar menos apropiado para plantear un tema tan difícil como el del futuro de los países centroamericanos. ¿Por qué lo hizo? Seguramente por pura y simple necesidad retórica, es decir, por ese vicio de los presidentes salvadoreños de no desaprovechar un espacio como el creado por la "fiesta cívica" para lanzar frases altisonantes y fuertes, de las que se espera no que la gente las entienda o razone, sino que se alegre, grite y se conmueva.

Tenemos que resignarnos a que cada aniversario de la independencia esté destinado a ser una oportunidad para que los presidentes de turno traten de ganar adeptos diciendo cualquier clase de cosas. Para el caso, en otra parte de su discurso, Calderón Sol llegó a decir que "este nuevo aniversario de la independencia patria nos encuentra a los salvadoreños dedicados con sincero empeño a la construcción de un nuevo El Salvador, sobre el fundamento de una paz firme y una democracia plural, que cada día se fortalece más y avanza en su perfeccionamiento; un nuevo El Salvador, en donde se consolida el estado de derecho y los órganos fundamentales del gobierno de la República ejercen sus atribuciones y funciones constitucionales, en el marco de respetuosa independencia".

Como muestra de buenos deseos, no está mal. Pero es un pésimo diagnóstico de la realidad nacional. Porque no es tan cierto que los salvadoreños, sin distinciones de ninguna especie, estemos dedicados con sincero empeño a la construcción de un nuevo El Salvador. Es innegable que muchas organizaciones de la sociedad civil, algunas universidades, los grupos ambientalistas y quizás uno que otro dirigente político están comprometidos con el avance del proceso de democratización del país. Pero también están los que o bien no les interesa la construcción de un orden democrático o bien tienen un sincero empeño en socavar su avance. Y dentro de estos últimos figuran no sólo grupos políticos, sino grupos de poder económico, para los que la consolidación democrática —en lo que ésta tiene (y exige) de respeto irrestricto a las leyes— es una amenaza a sus intereses más nefastos.

Dados los diversos grupos de poder presentes en el ámbito económico y lo oscuro de muchos de sus negocios, sería interesante que el Presidente Calderón Sol dijera quiénes, entre los empresarios, han mostrado un sincero empeño por la construcción de un nuevo El Salvador y quiénes, por el contrario, han entorpecido y entorpecen la consolidación de un Estado de derecho en el país. Incluso, sería oportuno que el Presidente de la República hiciera no sólo una evaluación del manifiesto elaborado por la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP), sino del modo en que los miembros de la gremial han demostrado su compromiso con el desarrollo nacional desde que formularon su propuesta hasta el momento actual. Esto no debería obviar, evidentemente, la autorreflexión por parte de Calderón Sol acerca de la forma en que su gobierno ha respondido al reto lanzado por la ANEP. Y es que así como no puede darse por supuesto que la ANEP está comprometida, pese a su documento, con el desarrollo nacional, tampoco puede darse por descontado que lo esté el gobierno. Un presidente honesto y con una sincera vocación de servicio al país no puede evitar preguntarse si en verdad ha servido a los intereses naciona-

les o si sólo ha sido un resguardo de determinados intereses económicos y políticos.

Desde que la ANEP formuló su propuesta, parece ser de mal gusto, en los círculos de poder económico y político, no profesar un compromiso con el desarrollo nacional. Pero de decirlo a obrar en consecuencia, hay un abismo que es insalvable para muchos empresarios y políticos salvadoreños. La corrupción en el sistema financiero, la depredación del medio ambiente por obra y gracia de las industrias que manejan inadecuadamente sus desechos tóxicos, o las argollas políticas que lo único que buscan es favorecer a sus integrantes, apuntan más bien a la inexistencia de un compromiso nacional por parte de importantes actores de la vida nacional. Si a todo ello se añade la situación de la violencia social que cotidianamente afecta la vida de los ciudadanos es claro que la conquista de la paz en El Salvador —por más que el Presidente y sus escribientes crean lo contrario— dista mucho de ser una realidad. El fin de la guerra civil fue tan sólo el inicio de un proceso que debería ir encaminado a lograr una convivencia social más civilizada.

Para ello es necesario que la clase política, los empresarios y la sociedad civil se comprometan decididamente en la construcción de una sociedad no sólo libre de enfrentamientos políticos, sino libre de corrupción, tráfico de influencias, enriquecimiento ilícito e impunidad. Hoy por hoy, son muchos y muy poderosos los que socavan con sus prácticas violentadoras de la legalidad la edificación de esa nueva sociedad. Proclamar a los cuatro vientos que en la celebración independentista se reflexiona sobre el presente y el futuro de El Salvador, y no decir nada sobre los obstáculos que ese presente y ese futuro encuentran en la clase política y en los círculos empresariales es, simple y llanamente, despreciar las mejores enseñanzas del proceso independentista de 1821.

Luis Armando González